CAPÍTULO XIII.

El astrólogo.

> ¿Compararme á mí con los reyes?... Desprecio tan pobre parangón; yo soy un *sabio*, y puedo mandar los elementos .. por lo menos los hombres lo creen así; y en semejante creencia, he fundado para mí un imperio que no tiene límites.
>
> *Albumazar.*

Una rápida corriente parecía traer al joven escocés las ocupaciones y aventuras, pues no tardó en ser llamado al aposento de su capitán lord Crawford, donde, con grande admiración suya, encontró nuevamente al rey. Este príncipe empezó á decirle, relativamente á cuanto iba á honrarle y á la prueba de confianza que le merecía, varias palabras que le hicieron temer una nueva emboscada semejante á la del armario, ó alguna otra aún menos agradable expedición; pero desvanecióse no solamente esta idea, sino que bendijo su estrella, como decirse suele, al enterarse de que le escogiera el rey para escoltar, del modo más seguro, y al propio tiempo oculto, á las condesas de Croye, con cuatro hombres que estarían bajo sus órdenes, y de los cuales uno serviría de guía hasta la corte de su pariente el obispo de Lieja. Luís le entregó lo que hubiera podido llamarse un itinerario, que contenía el nombre de los puntos donde debía hacer alto, que eran en general lugares oscuros y monasterios solitarios situados á distancia de las ciudades; y además las precauciones que les era indispensable tomar, especialmente al acercarse á las fronteras de Borgoña. Dióle, por fin, instrucciones

de lo que debía practicar para pasar por mayordomo de dos distinguidas damas inglesas que volvían de una peregrinación á San Martín de Tours, é iban á cumplir otra á la santa ciudad de Colonia, con el fin de visitar las milagrosas imágenes de los tres magos, aquellos sabios monarcas de Oriente, que fueron á adorar el niño Jesús en Belén, pues en dicha calidad de peregrinas debían viajar las condesas de Croye.

Sin poder darse exacta cuenta del motivo de su agitación, sintió Quintín rebosar su corazón de alegría á la sola idea de que iba á acercarse á la hermosa del torreón, y en calidad que le daba derecho á obtener su confianza, pues á su prudencia y valor iba á confiarse principalmente el cuidado de protegerla. No tenía la menor duda de que lograría conducirla con felicidad al término de su viaje. Los peligros rara vez arredran á la juventud; y Durward, sobre todo, acostumbrado á respirar desde su niñez el aire de la libertad, intrépido y lleno de confianza en sí mismo, no pensaba en ellos sino para despreciarlos. No veía la hora de quedar libre de la presencia del rey, para poder entregarse con satisfacción á la secreta alegría que le causaban tan inesperadas nuevas, las que le excitaban unos ímpetus de placer cuya demostración hubiera sido harto impropia en presencia de semejantes testigos.

Pero Luís no había concluído todavía. Este desconfiado monarca tenía que consultar un consejero de un temple enteramente distinto del de Oliverio el Diablo, y cuya ciencia se consideraba dimanar de los astros y de las inteligencias superiores, del mismo modo que se creía generalmente que, atendidas sus consecuencias, el diablo mismo inspiraba sus consejos á Oliverio.

Luís mandó, pues, al impaciente Quintín que le siguiera y le guió á una torre apartada del castillo de Plessis, donde se hallaba instalado con bastantes conveniencias y aparato el célebre astrólogo, poeta y filósofo Galeoto Marti, ó Marcio, ó Martivalle, nacido en Narni en Italia, autor del famoso tratado de *Vulgo Incognitis*, objeto de la admiración de su siglo y de los elogios de Pablo Jovis. Floreciera por largo tiempo en la corte de Matías Corvino, rey de Hungría; pero Luís le había en algún modo engañado para atraerle á la suya, envidioso de que se aprovechase el monarca húngaro de los

consejos y compañía de un sabio, que tenía fama de leer con tanto acierto en los decretos del cielo.

Martinvalle no era uno de aquellos pálidos y ascéticos profesores de ciencias místicas que marchitan su rostro y gastan su vista pasando toda la noche sobre sus crisoles, y macerando su cuerpo con el examen de la osa polar. Entregábase á todos los placeres mundanos, y antes de volverse algo corpulento distinguiérase en la carrera de las armas y en todos los ejercicios militares y gimnásticos; de suerte que Juan Pannonio ha dejado un epígrama en versos latinos, que trata de una lucha que ocurrió entre Galeoto y un campeón célebre en aquel arte, en que el astrólogo quedó completamente victorioso.

Las habitaciones de este sabio belicoso y cortesano estaban mucho más suntuosamente amuebladas que ninguna de las que viera Quintín en el palacio del rey. El primorosamente labrado enmaderamiento de su biblioteca, lo propio que lo rico y magnífico de los tapices, eran una prueba del delicado gusto del sabio italiano. Desde su biblioteca conducía una puerta á su dormitorio y otra á un torreón, teatro de sus observaciones. Un hermoso tapete de Turquía que formó parte del botín cogido en la tienda de un bajá después de la famosa batalla de Jaiza, en que el astrólogo combatiera al lado de Matías Corvino, valeroso campeón de la cristiandad, cubría una espaciosa mesa de roble colocada en medio del aposento. Veíanse sobre aquella mesa gran número de instrumentos de matemáticas y astronomía, riquísimos todos y preciosamente trabajados. Su astrolabio de plata era regalo del emperador de Alemania, y su vara de Jacob, de ébano, engastada y embutida en oro, una demostración de aprecio del Pontífice reinante.

Presentábanse ordenados encima de la mesa ó colgados á lo largo de las paredes otros objetos de diversas clases; entre otras cosas, dos armaduras completas, una de malla y otra de finísimo acero; ambas, atendida su magnitud, parecían reconocer por dueño á Galeoto Martivalle, cuya estatura era casi gigantesca: una espada toledana, un sable escocés, una cimitarra turca; arcos, aljabas y otras armas, instrumentos de música de varias especies; un crucifijo de plata; un vaso sepulcral antiguo; varios de aquellos pequeños penates de

bronce, objetos del culto del paganismo, y otras muchas cosas que sería difícil describir, varias de las cuales, según las supersticiosas creencias de aquel siglo, parecían destinadas al arte mágico.

La biblioteca de este hombre extraordinario ofrecía también una miscelánea por el mismo estilo. Veíanse algunos curiosos manuscritos de autores clásicos, al lado de las voluminosas obras de los teólogos cristianos y de los laboriosos sabios que cultivaban las ciencias químicas y pretendían descubrir á sus discípulos los secretos más misteriosos de la naturaleza por medio de la filosofía hermética. Algunos estaban escritos en caracteres orientales, y otros ocultaban su sentido ó sus absurdos bajo el velo de geroglíficos ó signos cabalísticos.

Todo el aposento, lo propio que su rico y variado ajuar, ofrecía un cuadro calculado para causar impresión, considerando la general creencia, en aquella época indisputablemente sostenida, sobre la verdad de las ciencias ocultas. El efecto que producía era aún más vivo por el aspecto y los modales del astrólogo, quien sentado entonces en un gran sillón examinaba con curiosidad una muestra del arte de imprimir, que acababa de inventarse, salida de una prensa de Francfort.

Galeoto Martivalle era hombre alto, que á pesar de su gordura no carecía de cierta dignidad. Anduviera ya más de la mitad de la carrera de la vida, sin que el hábito contraído desde su juventud de continuo ejercicio, que no había aún totalmente abandonado, pudiese contener una natural tendencia á la obesidad, que se aumentó con la vida sedentaria que llevaba dedicado al estudio, y con su afición á los placeres de opípara mesa. Á pesar de sus facciones sumamente abultadas, conservaba noble y majestuoso aspecto, y envidiara un ermitaño su negra y crecida barba, que le caía sobre el pecho. Llevaba una bata con mangas anchas de riquísimo terciopelo de Génova, galoneada con presilla de oro, guarnecida de armiños y ajustada al cuerpo con un cinturón de ante, en el que se veían representados, de color encarnado, los doce signos del Zodíaco. Levantóse y saludó al rey, pero en ademán de hombre á quien no imponía la presencia de tan distinguido personaje, y que se consideraba en el caso de no

deber comprometer la dignidad que afectaban entonces los que se dedicaban al estudio de las ciencias.

—Estáis muy ocupado, padre—le dijo el rey—y según parece, con ese nuevo método de multiplicar los escritos por medio de una máquina. ¿Cómo es posible que objetos tan mecánicos y terrestres puedan ocupar la imaginación de un hombre para quien el firmamento desarrolla sus celestiales mapas?

—Hermano mío—respondió Martivalle, pues así llamaba al rey de Francia el habitante de aquel laboratorio, cuando se dignaba visitarle en clase de discípulo—creed que calculando los resultados de esta invención, leo en ella con tanta certeza como en la mejor combinación de los cuerpos celestes el agüero de las más admirables y estupendas variaciones. Cuando considero la lenta y escasa corriente con que el río de la ciencia nos ha traído sus aguas hasta el día, la dificultad que tienen en procurársela los que de ella están más sedientos, el desprecio con que la miran los que no piensan más que en sus comodidades, la funesta posibilidad de que se desvíe ó se seque á causa de las invasiones de la barbarie, ¿puedo yo contemplar sin asombro y maravilla los destinos de las futuras generaciones, sobre las cuales los conocimientos caerán como abundante lluvia, sin que se interrumpan ni disminuyan, fertilizando ciertas comarcas, inundando otras, trastornando todo el sistema de la vida social, estableciendo y destruyendo religiones, erigiendo y arruinando reinos...

—Un momento, Galeoto—exclamó Luís—todas esas variaciones, ¿sucederán en nuestros tiempos?

—No, hermano mío—respondió Martivalle—esta invención puede compararse á un arbolillo que acaba de plantarse y que dará en los futuros siglos precioso pero fatalísimo fruto, como el del Edén, es decir, la ciencia del bien y del mal.

—Allá se las haya la posteridad—dijo Luís después de una breve pausa.—Nosotros vivimos en el siglo presente, y á este sólo debemos dedicar nuestros cuidados. El mal de cada día sobra ya para ocuparnos. Decidme, ¿concluísteis el horóscopo que os encargué y sobre el cual me hicisteis ya alguna observación? Aquí os traigo la parte interesada, á fin de que podáis emplear en ella la quiromancia ó la ciencia que más os acomode. El negocio urge.

Levantóse el sabio y acercándose al joven guardia, fijó en él sus rasgados ojos negros, sumamente vivos, como si se ocupase interiormente en analizar todos los contornos y líneas de su fisonomía. Confuso y avergonzado Quintín de ser el objeto de tan serio examen por parte de un hombre de tan venerable é imponente aspecto, bajó los ojos y no los levantó hasta mandárselo con imperioso acento el astrólogo.

—No te asustes: levanta los ojos y dame esa mano.

Cuando Martivalle hubo examinado la mano derecha de Durward con todas las ceremonias que exigían las misteriosas artes que profesaba, llamó aparte al rey y separóle algunos pasos.

—Real hermano mío—le dijo—la fisonomía de ese joven, junto con las líneas impresas en su mano, confirman maravillosamente el informe que os dí sobre su horóscopo; los progresos que vos mismo habéis hecho en nuestro arte sublime, os han dado lugar á formar un concepto igual al mío: todo indica que ese joven será valiente y dichoso.

—¿Y leal?—dijo el rey—pues la lealtad no es siempre compañera inseparable del valor y de la dicha.

—Leal también—respondió el astrólogo—pues sus ojos y miradas contienen una firmeza varonil y su *linea vitæ* es recta, profundamente marcada, lo que prueba que será fiel y lealmente adicto á los que le hagan algún bien ó le otorguen su confianza. Sin embargo...

—Sin embargo!...—repitió el rey.—Y bien, padre Galeoto, ¿por qué no continuáis?

—Los oídos de los reyes se parecen al paladar de aquellos enfermos delicados que no pueden sufrir lo amargo de los medicamentos necesarios á su curación.

—Mis oídos y mi paladar están agenos de semejante delicadeza. Puedo oir cualquier buen consejo y tragarme cualquier medicina saludable, sin dárseme cuidado ni de lo severo del uno, ni de lo acibarado de la otra. Cuando niño no me echaron á perder con mimos y contemplaciones; y he pasado mi juventud en los sufrimientos y destierro. Las advertencias más duras suelen penetrar por mis oídos sin lastimarlos.

—Os diré pues con franqueza, señor, que si hay en la expedición que proyectáis alguna cosa... alguna cosa que... en fin, que pueda espantar una conciencia timorata, no debéis con-

fiarla á ese joven, á lo menos hasta que algunos años pasados en servicio vuestro le hayan quitado todo escrúpulo como á los demás.

—Y es esto todo lo que no os atreviais á decirme, mi buen Galeoto? ¿Teníais algún temor de ofenderme hablándome de este modo? Ah! yo sé que vos estáis bien persuadido de que no puede uno dejarse guiar en el camino de la política del trono por máximas abstractas dictadas por la religión y la moral, (1) como podemos y debemos hacerlo sin interrupción en el de la vida privada. ¿Sabéis por qué nosotros, príncipes de la tierra, fundamos iglesias y monasterios, emprendemos peregrinaciones, nos imponemos penitencias y hacemos actos de devoción, de que pueden dispensarse los demás? Porque el bien público y el interés de nuestros reinos nos obligan á tomar ciertas medidas que no pueden menos de cargar nuestras conciencias como cristianos. Pero el cielo es misericordioso; tiene la Iglesia un fondo inagotable de méritos y la intercesión de nuestra Señora de Embrun y de los gloriosos Santos es continua y omnipotente.

Al decir esto, quitóse el sombrero, púsole sobre la mesa, y arrodillándose delante de las imágenes de plomo colocadas, alrededor, dijo: «*Sancte Huberte! sancte Juliane! sancte Martine! sancta Rosalia! santi quotquot adestis!... orate pro me peccatore!*» Golpeóse el pecho, levantóse, púsose otra vez el sombrero, y volviéndose al astrólogo:

—Estad seguro, amado padre mío—le dijo—que si en la expedición que proyecto hubiese algún requisito de la clase que acabáis de significarme, no se confiara la ejecución á ese joven, ni aun se le llegara á enterar de aquella parte del plan.

—Obraréis en esto sabiamente, real hermano mío. Puédese temer también alguna cosa de la impetuosidad de ese joven, defecto inherente á todos los de temperamento sanguíneo; pero según todas las reglas del arte, esta circunstancia no puede entrar en comparación con las demás bellas cualidades descubiertas por su horóscopo y por otros medios.

(1) Adviértase que todo lo que se dice en este pasaje y otros semejantes de esta historia, no son más que pinceladas muy conformes á la índole de Luís XI, para pintar su carácter artificioso é hipócrita. (N. del T.

—¿La media noche será hora favorable para dar principio á un peligroso viaje? Consultad vuestras efemérides; allí están. Ya véis la posición de la luna con respecto á Saturno, y la influencia de Júpiter. Paréceme, salva la sumisión á vuestros superiores conocimientos, que este es un agüero de feliz éxito para el que mande partir una expedición á esta hora.

—Sí—respondió el astrólogo después de un instante de reflexión—esta conjunción promete buen resultado *al que manda partir* la expedición; pero imagino que estando Saturno en combustión amenaza riesgos é infortunios *á los que parten:* de lo que saco por consecuencia que el viaje puede ser peligroso y aun fatal para los que lo emprenden á semejante hora. Esta adversa conjunción presagia actos de violencia y un cautiverio.

—¿Violencia y cautiverio con referencia á los que parten—dijo el rey—pero buen resultado para el que manda partir?... ¿No es esto lo que me decís, sabio padre mío?

—Exactamente—respondió Martivalle.

Luís no contestó á esta predicción, que probablemente aventurara el astrólogo porque veía que el objeto sobre que se le consultaba encubría algún peligroso proyecto. Ni aun dejó siquiera entrever hasta qué punto concordaba con sus miras, que como sabe el lector, no eran otras que poner á la condesa Isabel de Croye en manos de Guillermo de la Marck, caballero de elevada cuna, pero degradado por sus crímenes, hasta el extremo de convertirse en jefe de bandidos, célebre por su turbulento carácter y feroz ardimiento.

Sacó entonces el rey un papel de la faltriquera, y antes de entregarlo á Martivalle, le dijo con tono muy parecido al que se usa en las apologías:

—Sabio Galeoto! No os admire que, poseyendo en vos un oráculo, un tesoro, una ciencia superior á la de todo sér viviente de nuestros días, sin exceptuar al mismo Nostradamus, desee frecuentemente aprovecharme de vuestros conocimientos en medio de las dudas y dificultades que rodean á un príncipe que tiene que hacer frente en sus dominios á osados rebeldes, y fuera de ellos á poderosos é inveterados enemigos.

—Señor—respondió el filósofo—cuando me invitasteis á

abandonar la corte de Buda por la de Plessis, lo hice con la firme resolución de poner al arbitrio de mi real protector todo aquello de que fuese capaz mi arte para su mayor utilidad y provecho.

—Lo agradezco, mi buen Martivalle—dijo el rey.—Atended ahora, pues, á esta pregunta.

Desarrolló entonces el papel que tenía en la mano y leyó lo siguiente:

«Un hombre empeñado en importante cuestión, que parece deberá ser decidida por las leyes ó por la fuerza de las armas, desea terminar amistosamente este negocio por medio de una entrevista personal con su adversario. Pregunta: ¿cuál será el día propicio para realizar su propósito, como también cuál éxito puede este tener, y si su antagonista corresponderá á esta prueba de confianza con gratitud y franqueza, ó abusará de las ventajas que la mencionada conferencia le proporcione?»

—Esta es una pregunta importante—respondió Martivalle cuando el rey hubo terminado la lectura.—Requiere que trace un planetario, y consuma sobre él muchas horas de vastas y profundas meditaciones.

—Hacedlo, padre mío, mi maestro en ciencias—repuso Luís—y conoceréis lo que es servir y obligar á un rey de Francia. He resuelto, si lo permiten las constelaciones, y mis débiles conocimientos me inducen á creer que favorecen mis proyectos, poner en algún peligro mi propia persona para terminar de una vez esas guerras anti-cristianas.

—¡Ojalá los Santos protejan las piadosas intenciones de Vuestra Majestad—respondió el Astrólogo—y velen por vuestra sagrada persona!

—Gracias, docto padre—dijo Luís.—Entre tanto, he aquí alguna cosita para que podáis aumentar vuestra preciosa biblioteca.

Diciendo esto, puso debajo de un libro un pequeño bolsillo con oro, pues mezquino hasta en sus supersticiones, juzgaba haber comprado los servicios del astrólogo á precio regular con la pensión que le tenía señalada, y creíase con derecho á hacer uso de sus talentos, con módica paga, aun en las más importantes ocasiones.

Luís, para valernos del idioma forense, habiendo así satisfecho los honorarios de su abogado consultor, volvióse á Durward, diciéndole:

—Sígueme, mi buen escocés, sígueme como un hombre escogido por el Destino y por un soberano para llevar á término una importante empresa. Procura que todo esté pronto para que puedas poner pié en el estribo el instante mismo en que la campana de San Martín dé las doce de la noche. Un minuto más tarde ó temprano podría hacerte perder el favorable aspecto de las constelaciones que tan propicias se muestran á tu expedición.

Dicho esto, partió Luís, seguido del joven arquero; y apenas estuvieron fuera del aposento, entregóse el astrólogo á reflexiones harto distintas de las que parecían animarle mientras estuvo presente el monarca.

—¡Miserable avaro!—exclamó palpando el bolsillo, pues no poniendo límites á sus gastos, tenía siempre necesidad de metálico.—¡Vil y sórdido usurero! La mujer de un capitán de buque mercante daría más por saber si su marido llegará á salvamento. ¡Él adquirir una tintura de las bellas letras!..... sí, cuando la zorra gruñendo y el lobo aullando puedan pasar por músicos..... ¡Él leer en el glorioso blasón del firmamento!..... sí, cuando el topo ciego tenga los ojos del lince... *Post tot promissa*..... después de haberme hecho tantos ofrecimientos para arrancarme de la corte del magnífico Matías, donde el huno y el turco, el cristiano y el infiel, el Czar de Moscovia y el Kan de los Tártaros contendían sobre quién me colmaría más de regalos! ¿Juzga acaso que soy yo hombre para pasar miserable vida en este vetusto castillo como pájaro en jaula pronto á melodioso trino para cuando le diere á él la gana de silbar?... No, á fe mía..... *Aut inveniam viam, aut faciam*. Descubriré ó imaginaré algún medio..... El cardenal de La Balue es político y liberal: verá la pregunta que el rey acaba de hacerme, y culpa será de su eminencia si no hablan los astros conforme él desee.

Cogió de nuevo el bolsillo que despreciaba y sacudióle en la mano como para formar juicio de su peso.

—Podría suceder—dijo—que se hallase en el fondo de este miserable bolsillo alguna perla ó joya de gran valor: he oído decir que puede ser generoso hasta la prodigalidad cuando á ello le mueve su capricho ó lo exige su interés.

Vació el bolsillo sobre la mesa, y halló en él ni más ni menos que diez monedas de oro, lo cual le ocasionó otro arrebato de indignación.

—¿Cree acaso—continuó—que por esta miserable gratificación ejerceré yo la celestial ciencia que estudié con el Abad armenio de Istrahoff, quien pasó cuarenta años sin ver el sol, y con el griego Dubrario, de quien se asegura que había resucitado muertos, y visitado también el Scheik Ebn-Kali en su gruta de la Tebaida? ¡No, vive Dios! El que desprecia la ciencia perecerá por su ignorancia... Diez monedas de oro!...

Casi me avergonzaría de ofrecer esta suma á Antoñita para alfileres.

Á pesar de tantas exclamaciones y arrogancias, no por esto dejó el irritado sabio de meter el despreciado oro en una escarcela que llevaba en el cinturón, y que Antoñita y otras personas que cooperaban á sus extravagantes gastos solían agotar con mayor prontitud de la que el filósofo con toda su ciencia hallaba medio para llenar. (1)

(1) Véase la nota I.—*Galeoto.*

CAPÍTULO XIV.

El viaje.

> Todavía te veo, hermosa Francia, tierra favorecida por la naturaleza y el arte: aún te contemplo á ti y á tus hijos, para quienes el trabajo viene á ser como un recreo, tal es la largueza con que tu suelo agradecido les devuelve el tributo que cultivándole le pagan; veo también á tus hijas de tez tostada por los rayos del sol, con sus risueños ojos y sus lustrosas trenzas, negras como el plumaje del cuervo. Francia privilegiada, tú tienes, sin embargo, en los antiguos y modernos tiempos muchas historias tristes que contar.
>
> *Anónimo.*

Evitando entablar conversación con nadie absolutamente, pues esta es la orden que recibiera, dióse prisa Durward en revestirse de una excelente coraza, aunque sin adornos, tomó sus brazaletes y demás piezas de armadura, y defendió su cabeza con un buen casco de acero sin visera, añadiendo un sobretodo de piel de camello bien preparado y bordado en todas las costuras, prenda que no llevara de más precio un oficial superior al servicio de alguna ilustre familia.

Estas armas y traje fueron llevados á su aposento por Oliverio, quien con tranquilo ademán é insinuante sonrisa participóle que su tío había recibido orden de montar la guardia, para que no pudiera hacerle ninguna pregunta sobre la causa de tan misteriosos preparativos.

—Procuraremos disculparos con vuestro pariente—le dijo Oliverio sonriéndose todavía—y... querido hijo mío, cuando